



Como **Agencia Bolivariana de Prensa** nos ha parecido oportuno publicar este escrito del comandante de las FARC-EP Segunda Marquetalia Jesús Santrich, uno de los últimos que escribió antes de su asesinato por parte del Estado colombiano en territorio venezolano.

Tres elementos nos llevan a la publicación de este documento, el primero es la conmemoración de un aniversario más de la Comuna de París el pasado 18 de marzo, evento que significó una de las primeras experiencias de gobierno obrero del mundo, fruto de la lucha de la clase obrera.

El segundo elemento es como dice el mismo Santrich en su texto, hacerle un homenaje al héroe insurgente bolivariano Manuel Marulanda Vélez fundador de las FARC-EP quien falleció hace 15 años un 26 de Marzo, fecha en que además diversas organizaciones internacionalistas han instaurado como el Día del Derecho Universal de los pueblos a la Rebelión Armada, esto entendiendo que la experiencia de la Comuna de París es un gran aporte a la comprensión e interiorización de la historia de las rebeliones populares.

Y en tercer lugar, pero no menos importante, queremos con este artículo escrito por un revolucionario de la talla de Jesús Santrich hacer un homenaje a las justas luchas del pueblo parisino que hoy día está en las calles defendiendo sus derechos contra las medidas neoliberales que pretende imponer el presidente Emmanuel Macron a sangre y fuego.

Redacción Agencia Bolivariana de Prensa

Selvas insurgentes de Colombia, marzo 26 de 2021.

La Comuna de París y sus aportes al Marxismo

Recuento y reiteración elemental de una utopía en marcha.

Por Jesús Santrich (El Disidente). Integrante de la Dirección Nacional de las FARC-EP Segunda Marquetalia y del Partido Comunista Clandestino Colombiano (PC3)

En este 26 de marzo, nombrado por diversas organizaciones revolucionarias del orbe como *Día Internacional del Derecho de los Pueblos a la Rebelión Armada*, por ser la fecha en que se rememora el fallecimiento del fundador de las FARC-EP, Manuel Marulanda Vélez, desde las filas de la refundada organización guerrillera marxista-leninista y bolivariana, presentamos un modesto aporte en ideas para complementar los debates que favorezcan el fortalecimiento de la construcción teórica anticapitalista, emancipadora.

«La Comuna era esencialmente un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo», Carlos Marx.

Es reconocido por el conjunto de los marxistas, independientemente de sus tendencias políticas muchas veces divergentes, que el Manifiesto Comunista escrito por Marx y Engels es uno de los mayores y más poderosos legados intelectuales que la humanidad ha recibido para adelantar la lucha por las transformaciones revolucionarias, lo cual hay que reafirmar sin pasar por alto que tiene este arsenal ideológico de combate anticapitalista su fuente esencial de inspiración, concluyente, en los sucesos de la Comuna de París. Siendo entonces el hecho histórico de tal trascendencia, como ejemplo y factor de inspiración subversiva, no menos poderoso e influyente que el Manifiesto en mención, con el valor agregado que su ponderación en boca de sus prominentes autores, implica la develación antidogmática del pensamiento Marxista.

Para hacer la valoración de la Comuna, del Manifiesto Comunista y del pensamiento marxista como conjunto vigente, palpitantemente vivo, luego de 150 años del alzamiento parisino, entonces, comencemos precisamente por apuntar el carácter antidogmático y actual del materialismo dialéctico e histórico, recordando las reflexiones mismas exigentes de contemporaneidad concreta, hechas en el Manifiesto por sus autores.

En el prefacio a la edición alemana de 1872, al referirse a las medidas revolucionarias consignadas al final del capítulo II, expresan Marx y Engels, que ya han perdido vigencia, agregando que el pasaje en cuestión «tendría que ser redactado hoy de muy distinta manera, en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias, primero, de la revolución de febrero, después, en mayor grado aun, de la Comuna de París (el subrayado es mío - esm), que eleva por vez primera al proletariado,

durante dos meses, al poder político, este programa ha envejecido en algunos de sus puntos».

Marx y Engels, continúan con su visión antidogmática diciendo que: «La Comuna ha demostrado, sobre todo, que “la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines”». (*Véase Der Bürgerkrieg in Frankreich, Adresse des Generalrats der Internationalen Arbeiterassoziation, página 19 de la edición alemana, donde esta idea está desarrollada más extensamente.*) Además, evidentemente, la crítica de la literatura socialista es incompleta para estos momentos, pues sólo llega a 1847; y al propio tiempo, si las observaciones que se hacen sobre la actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición (*capítulo IV*) son exactas todavía en sus trazos fundamentales, han quedado anticuadas para su aplicación práctica, ya que la situación política ha cambiado completamente y el desarrollo histórico ha borrado de la faz de la tierra a la mayoría de los partidos que allí se enumeran». (Publicado en folleto. *Das Kommunistische Manifest. Neue Ausgabe mit einem Vorwort der Verfasser*, Leipzig, 1872).

Tales refecciones se cierran precisando, eso sí, que aún con esos cambios de la realidad que tornan en obsoletos algunos pasajes del Manifiesto, el mismo «*es un documento histórico que ya no tenemos derecho a modificar. Una edición posterior quizá vaya precedida de un prefacio que puede llenar la laguna existente entre 1847 y nuestros días...*». Lo cual indica que, como cualquier otra reflexión, entonces, deberá considerarse tal prefacio o otros, las rutas que ha ido y vaya tomando la marcha de la historia.

En el curso del texto de El Manifiesto, Marx y Engels, luego de expresarse así, incluyen otras alusiones más a la Comuna de París, comenzando por la definición que de tal denominación hacen en las notas del referenciado prefacio de 1872. En la nota 8, donde se menciona por tres ocasiones el concepto, dicen:

«8. La Comuna de París (esm) de 1871: Gobierno revolucionario de la clase obrera. Existió del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871. En el lato sentido, suele denominarse asimismo Comuna de París (esm) a la propia revolución del 18 de marzo de 1871 y al período de la dictadura del proletariado que la siguió. La historia de la Comuna de París (esm) y su esencia están expuestas con pormenores en el trabajo de Marx *La guerra civil en Francia*».

Ya en el cuerpo de El Manifiesto en sí, en el subtítulo **Burgueses y Proletarios**, se escribe: «Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales: asociación armada y autónoma en la Comuna⁴, en unos sitios República urbana independiente; en otros, tercer estado tributario de la monarquía; después, durante el período de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías estamentales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. El Gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa».

Al trasladarnos a la cita respectiva en la nota (4) se lee: «*Comunasse* llamaban en Francia las ciudades nacientes todavía antes de arrancar a sus amos y señores feudales la autonomía local y los derechos políticos como tercer estado. En términos generales, se ha tomado aquí a Inglaterra como país típico del desarrollo económico de la burguesía, y a Francia como país típico de su desarrollo político. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).

Así denominaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus comunidades urbanas, una vez comprados o arrancados a sus señores feudales los primeros derechos de autonomía (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890) ».

Varias páginas más adelante, al concepto comuna se alude diciendo que «Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Mas para poder oprimir a una clase, es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud. El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna mismo que el pequeño burgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza...».

En el Capítulo II: Proletarios y Comunistas, se precisa que el Programa a seguir esbozado en el Manifiesto Comunista, consta de diez propuestas o principios que, según el prólogo a la edición alemana de 1872 todavía escrito por Marx y Engels, donde dice que «han quedado a trozos anticuado por efecto del inmenso desarrollo experimentado por la gran industria en los últimos veinticinco años (desde que se escribió el libro) [...]». Al respecto se plantea, entonces, que la aplicación de dichos postulados dependerá de las circunstancias históricas existentes. De hecho, se plantea en el mencionado prólogo que “Si tuviésemos que formularlo hoy (en 1872), este pasaje presentaría un tenor distinto en muchos aspectos». Y agregan, tras analizar la experiencia de La Comuna de París, que «la clase obrera no puede limitarse a tomar posesión de la máquina del Estado en bloque, poniéndola en marcha para sus propios fines».

Esos diez postulados básicamente se refieren a: expropiación de la propiedad de la tierra y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado; b. fuertes impuestos progresivos; c. supresión del derecho de herencia; d. confiscación de la propiedad de todos los emigrantes y sediciosos; e. centralización del crédito en manos del Estado; f. centralización del transporte en manos del Estado; g. multiplicación de las fábricas nacionales, de los medios de producción, roturación y mejora de terrenos con arreglo a un plan colectivo; h. proclamación del deber de trabajar y creación de ejércitos industriales, principalmente en el campo; i. articulación de las explotaciones agrícolas e industriales para ir borrando las diferencias entre el campo y la ciudad; j. educación pública y gratuita para todos los niños, abolición del trabajo infantil fabril y unificación de la educación con la producción material...

Después de su publicación de 1848 y seguramente tras otras pocas reproducciones sin notoriedad, entre 1864 a 1874, el interés por la obra de Marx y Engels toma auge por el peso que alcanza en la Asociación Internacional de Trabajadores, y por el surgimiento de dinámicos partidos de clase obrera que la Liga de los Comunistas funda en Alemania, y por el impacto que tiene la defensa que Carlos Marx hace de la Comuna de París, lo cual lo lleva a ser considerado un peligroso líder por diferentes gobiernos europeos.

Específicamente en marzo de 1872 también se produce una situación que ayuda a la difusión del Manifiesto; ocurrió que en los procesos por “traición” contra Wilhelm Liebknecht, August Bebel y Adolf Hepner, durante una de las sesiones del tribunal, la parte acusadora leyó el Manifiesto, lo cual dio lugar para que los socialdemócratas partidarios de los acusados pudieran hacer publicación legamente del texto completo del controversial documento en la manera de actas del juicio que se adelantaba. Todo lo cual no fue desaprovechado por Engels, quien produjo un nuevo prefacio que actualizaba el Manifiesto dentro del contexto de las revoluciones de 1848 (denominada también Primavera de los Pueblos), que fue como se llamó a la oleada revolucionaria más amplia del siglo XIX iniciada con las revoluciones de 1820 y 1830, y que con la revolución de 1848 dan inicio a las primeras expresiones organizadas del movimiento obrero y que iniciadas en Francia pronto se expandieron por casi toda Europa Central acabando con la llamada Europa de la Restauración, en la que predominaba el absolutismo desde el Congreso de Viena de 1814-1815. Tales experiencias, aunque con éxitos relativamente poco durables, dejaron la enseñanza de gran impacto político en cuanto que sí era posible lograr cambios en el Antiguo Régimen, al contrario de lo que hasta entonces habían pretendido las fuerzas contrarrevolucionarias de la Restauración.

Aunque el nuevo prefacio de Engels no pudo distribuirse legalmente, dio base para nuevas ediciones del Manifiesto y la consecuente expansión del influjo del pensamiento marxista en el orbe, llegando a conocerse entre 1870 y 1917, que fue el año de la Revolución Rusa, centenares de publicaciones en al menos 30 idiomas diferentes, entre los que se cuentan el alemán, el inglés, el francés, el español, el portugués, el italiano, el ruso, el chino, el japonés, el noruego, el sueco, el danés, el polaco, el checo, el esloveno, etc. Todo ello, sin duda como eco resonante del alzamiento parisino.

Con la irrupción de la Revolución de Octubre, la difusión del Manifiesto del Partido Comunista adquiere su máximo esplendor; y, más tarde, los partidos de la Tercera Internacional hacen masivos tirajes en todos los idiomas posibles, convirtiéndose el Manifiesto en un clásico global del marxismo, guía de acción revolucionaria en diversas y disímiles latitudes del mundo, y material de estudio de centros universitarios, académicos y de formación política en general, hasta nuestros días, con su incendiario y vigente llamado necesario: ***¡Proletarios de todos los países, uníos!***

La Comuna de París, entre tanto y en trasfondo, permanecía y permanece como base fáctica de inspiración de lo que debe ser el movimiento insurreccional hacia la instauración de un proyecto político popular socialista.

Se entiende historiográficamente, entonces, que *commune* para la época es la designación del ayuntamiento en francés, que gobernó durante 60 días mediante decretos revolucionarios, que daban cabida a la autogestión de las fábricas, la creación de guarderías hijos de las obreras, la laicidad del nuevo orden social y fundamentalmente del Estado obligando a las iglesias a acoger las asambleas de vecinos y vincularse a las labores sociales, entre otras medidas dirigidas a superar la pobreza que había causado la guerra. Y aunque La Comuna como experimento de poder en manos del pueblo, fue aplastada en corto tiempo por la represión gubernamental, su ejemplo heroico perduraría como esperanza de la humanidad.

Para Marx, según lo expresa en *La Guerra Civil en Francia*, «el París de los obreros, con su Comuna, será eternamente ensalzado como heraldo glorioso de una nueva sociedad. Sus mártires tienen su santuario en el gran corazón de la clase obrera». Y tal expresión deriva de la apreciación inequívoca de Marx y de Engels del papel esencial del fenómeno parisino para la definición de una teoría y una estrategia de la revolución comunista. Para ambos La Comuna de París (1871) aunque tentativa revolucionaria breve, fue una experiencia de enseñanzas superiores y suficientes como para erigirse en hito de la formación de la teoría marxista del Estado.

En el *Manifiesto Comunista* (1847), Marx y Engels habían formulado los fundamentos de la revolución social proletaria; en términos generales, explican la contradicción creciente entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas; esto es, la lucha de clases, que es el motor de la historia de las sociedades clasistas, y que tal teorización de los comunistas no es fantasía sino «la expresión del conjunto de las condiciones reales de la lucha de clases existente, del movimiento histórico que está desarrollándose ante nuestros ojos». Observando tales fundamentos, Marx y Engels identifican en el experimento de La Comuna, la «*forma política descubierta, al fin*», de llevar a cabo la destrucción de «la máquina burocrática-militar del Estado» y la forma concreta que adopta el poder político de la clase obrera, con lo cual esbozan la concepción materialista de la historia y tempranamente las bases del Marxismo, de manera previa todavía al desarrollo de la economía marxista y a hechos, que como ya he expresado aludiendo a criterios propios de Marx y Engels, dejan obsoletos algunos planteamientos del Manifiesto, y se esbozan no como manifestación de una tendencia implícita sino como expresión de un acontecimiento impredecible, como en el caso de la metáfora del *cisne negro* de Nassim Taleb, que describe una especie de suceso sorpresivo de gran impacto socioeconómico y que, una vez pasado el hecho, se racionaliza por *retrospección* dando la impresión de que *se esperaba que ocurriera*.

En desarrollo de su concepción Marx, a partir de una proposición hecha al consejo general de la Asociación Internacional de los Trabajadores en cuya fundación había contribuido en 1864 (primera Internacional), hacia abril y mayo de 1871 realiza en Londres su trabajo de compilación y análisis de información contenida en la prensa inglesa, francesa y alemana sobre el enfrentamiento entre los trabajadores radicales de París y el poder conservador de Versalles, cuyo resultado centrado en reflexionar sobre “la tendencia general de la lucha” dirigió a la clase obrera del mundo en un texto de 35 páginas escrito originalmente en inglés

el 13 de junio de 1871 con el título *The Civil War in France: Address of the General Council of the International Working-Men's Association (La guerra civil en Francia: manifiesto de la Asamblea General de la Asociación Internacional de los Trabajadores)*.

Al tiraje de 1000 folletos le siguió una segunda edición casi consecutiva de 2000 ejemplares y en el mismo año, en agosto, una tercera con correcciones, la cual tuvo amplia difusión entre 1871 y 1872 en folletos, separatas y fascículos de prensa, en varios idiomas, incluidos el español, el francés, el italiano y el ruso, entre muchos otros. La traducción al alemán la hizo el propio Engels. Esta edición en alemán, se reprodujo nuevamente con motivo del quinto aniversario de la caída de la Comuna de París, y fue retomada en 1891 con motivo del 20º aniversario de La Comuna, agregando una introducción de Engels en la que este hace énfasis en la relevancia histórica del suceso y en su carácter de fundamento teórico reconocido por Marx en el contexto de sus análisis de la guerra franco-prusiana (1870) y de la insurrección parisina (marzo-mayo de 1871). Es decir, concebidos durante el fragor de los acontecimientos, lo cual le permitió poder leer el texto referente a La Comuna, en el Consejo General de la AIT, dos días después del fracaso del alzamiento.

En la reedición de la traducción de la Guerra Civil en Francia hecha por Engels en 1891, este escribe en el prefacio que en tal texto Marx «esboza la significación histórica de la Comuna de París en trazos breves y enérgicos, pero tan precisos y sobre todo tan exactos que no han sido nunca igualados en toda la enorme masa de escritos publicados sobre este tema».

Por entonces Engels ya mostraba su inquietud por problemas sobre los que Lenin en desarrollo del marxismo reflexionó más adelante, como ese de la relación entre la estructura y el acontecimiento, entre la reducción del tiempo de trabajo y la emancipación de la sociedad del trabajo asalariado, o el del papel de la subjetividad social y de la voluntad política, respecto a lo cual Lenin da relevancia a la acción indeterminada en estos dos aspectos que de hecho tienen peso específico en la Revolución Bolchevique, sobre todo colocando variantes a la cadena estructural conceptualizada por Marx, tal como ocurre con La Comuna de París. Ambos acontecimientos irrumpen necesariamente como desarrollo de la dinámica estructural inscrita en el proceso de producción, para el caso de la Revolución Rusa, como producto de los desarrollos industriales más avanzados. En conclusión, estructura y acontecimiento, no están enlazados con una necesaria implicación mutua.

Podemos entender entonces, que para Marx lo que más importaba de la Comuna era su existencia misma, y las experiencias que de ella se aprendían, no en sacrificio de teorías preestablecidas sino en beneficio de un pensamiento en construcción constante, como efectivamente lo es el marxismo para la acción insurgente en tanto muestra a las insurgencias no un modelo abstracto de la sociedad por venir sino un camino sobre el que hay que crear, experimentar y construir. De hecho, en la recreación constante de la experiencia de La Comuna, esta es un laboratorio de invenciones políticas, un crisol de irreverencias y rebeldías feraces de los pueblos que optan por la libertad sabiendo que lo único que realmente poseen es su determinación de lucha y cadenas por romper, tal como lo

diría Marx respecto a La Comuna, sin esperar milagros, porque «No tiene utopías hermosas y preparadas para introducir “*par dècret du peuple*”. Sabe que para realizar su propia emancipación, y con ella la forma más alta a la que la sociedad actual tiende irresistiblemente por sus mismos factores económicos, deberá pasar por largas luchas, por una serie de procesos históricos que transformarán las circunstancias y a los hombres. La clase obrera no tiene que realizar ideales, sino que debe liberar los elementos de la nueva sociedad de los que está preñada la vieja y decadente sociedad burguesa».

Durante la llamada “Semana Sangrienta” (del 21 al 28 de mayo), La Comuna de París fue reprimida de manera brutal por la canalla burguesa de Versalles. Entre 17.000 y 25.000 ciudadanos fueron abatidos sin piedad, configurándose con ello la masacre más violenta de la historia de Francia; 43.522 más fueron hechos prisioneros, y de estos, no menos de cien fueron ejecutados mediante juicios sumarios. El poeta Arthur Rimbaud, sienta todavía un jovensito sin experiencia pero lleno de inquietudes y temprano talento, describió entonces a París como una «*ciudad dolorosa, casi muerta*»; pero aun así, La Comuna se erigía en la síntesis de la idea y la acción que entraña el concepto revolución. Su irrupción significó la voz en alto de «la vanguardia del proletariado moderno» que cambió la conciencia de los trabajadores y su percepción colectiva, dejando en la cima de las utopías ondeando la bandera roja que nos recuerda la posibilidad cierta de «la toma del cielo por asalto».

De donde se colige entonces que, otro aspecto a resaltar del proceso fáctico y subjetivo de La Comuna de París, que explico retomando un viejo texto fariano titulado *Bolvarismo y Marxismo, un compromiso con lo imposible*, es el asunto de la utopía, su significado esencial para el impulso de una revolución. Ejemplificando con las figuras rebeldes y libertarias de Simón Bolívar y Marx, afirmamos que no hay pesimismo en el futuro, «quizás podría haber en su propio presente decepción y contrariedades producto de la concreción de lo inmediato, pero no para el futuro». Al respecto hablamos de una rica herencia que deriva de tal circunstancias: «frente a los grandes retos, son necesarias las grandes determinaciones, la triple audacia..., la acción que supere el determinismo reivindicando el papel de la subjetividad, la pasión, la audacia, la temeridad y la fe en la iniciativa de las masas aun frente a la inminencia de la “derrota”; porque es que ésta, aun presentándose, en el revolucionario verdadero no se torna en derrota como capitulación hacia la domesticación, la sumisión y el arrepentimiento del propósito, que es lo que pretende el enemigo de clase enrostrando la caída de muchos proyectos “socialistas” o que pretendieron serlo, para en el seno de las izquierdas sembrar el pesimismo, tal como efectivamente lo han conseguido en muchos sectores otrora revolucionarios, y especialmente dentro de esa llamada intelectualidad “progresista”. Han puesto a estos elementos a jugar su asqueroso papel de apóstatas, teorizando sobre la idea engañosa de que nos enfrentamos a un universo que respecto al de unas décadas atrás es radicalmente distinto, en el sentido de que esto implica, entonces, nuevas coordenadas para la acción, nuevas formas de pensamiento; es decir, el abandono de las formas del pensamiento y de la acción política propias de la “era moderna”, pues estamos en la “post-modernidad”. Por tanto, digamos adiós al marxismo y a ese sueño que es el socialismo; y en la misma línea, “con mayor razón”, digamos adiós a ese pensamiento “trasnochado” que se compendia en el bolivarismo y es su ideal de Patria Grande». SANTRICH, Jesús: «*Bolivarismo y*

Marxismo, un compromiso con lo imposible», Montañas de Colombia, marzo de 2009. Pág. 11.

Pero resulta que en el ámbito de la conciencia revolucionaria esto no es una alternativa; aun en las peores circunstancias, nuestra utopía de socialismo y Patria Grande ha de denotar la mayor fortaleza moral, como la del Bolívar de 1812, que derrotado en Puerto Cabello resurge en la Campaña Admirable...; como el Bolívar posterior a cada uno de los fracasos en su brega por expulsar al imperio español de Nuestra América, que de cada adversidad emerge *«como el sol, brotando rayos por todas partes»*.

Para el caso de Marx y del marxismo, expresamos en el texto referenciado, que «se puede observar el significado de la utopía, en la reivindicación que Marx hiciera de la misma respecto a la situación concreta de lo vivido por los obreros parisinos de 1870, o en la reflexión que Lenin concibiera en relación con la situación de los revolucionarios rusos de 1905». (Ibídem, pág. 12)

Marx, toma la experiencia de La Comuna de París, entonces, para hacer planteamientos de fondo que incluye como variaciones al Manifiesto Comunista, como el ya mentado aspecto de la destrucción del Estado parásito, suscitando, además, que se asumiera la esencia del Programa y los objetivos de los revolucionarios parisinos.

Y en el caso del líder de la revolución rusa, la reivindicación de la utopía está en la crítica de Lenin a Plejánov por sus sermones y querellas contra quienes se atrevieron a hacer el levantamiento: "no había que haber tomado las armas", decían. Pero en justa argumentación de rescate del papel de la subjetividad, del romanticismo si se quiere..., y en contra del malentendido o mal asumido "materialismo", que descalifica a quienes lo arriesgaron todo por la opción de la dignidad, Lenin pondera a los revolucionarios de 1905 rescatando la posición de Marx en cuanto a la admiración que le generó el intento de los comuneros parisinos de "tomar el cielo por asalto". Como Marx, Lenin también toma partido por La Comuna de París con todo y su "fracaso" y asume la "derrota" del levantamiento de 1905 en su dimensión positivamente ejemplificante». (Ibídem).

A propósito de la Comuna de París, Marx había escrito que: *«La canalla burguesa de Versalles, puso a los parisinos ante la alternativa de cesar la lucha o sucumbir sin combate. En el segundo caso, la desmoralización de la clase obrera hubiese sido una desgracia enormemente mayor que la caída de un número cualquiera de 'jefes'»*.

De este ejemplo universal de lucha de los trabajadores, no podemos dejar de lado la lucha de los artistas, muchas veces relegada al plano del olvido, habiendo jugado un papel imperecedero, como el del pintor Gustave Courbet, quien fuera nombrado por La Comuna presidente de la federación de artistas y director de museos de la ciudad, y a cuyos esfuerzos se debe la salvación del Louvre del incendio de las Tullerías. O, también, entre muchos otros casos, la inspiración de Eugène Pottier para escribir con verbo esperanzado en el que la poesía canta desde las cenizas de la derrota, para la humanidad, la canción más arraigada del movimiento obrero y revolucionario del orbe en cuyo llamado exalta la fe en

el porvenir que nacerá de la mano de los pueblos, sin opresión, con esplendor, justicia y libertad: «¡Agrupémonos todos en la lucha final! ¡El género humano es la internacional! (*Groupons nous, et demain, L'Internationale sera le genre humain!*)». Se traza, entonces, *el leitmotiv* de la necesaria lucha anticapitalista y se cualifica la teorización marxista del Estado, recogiendo, como ya se ha reiterado, postulados fundamentales como la necesidad de la destrucción del Estado burgués.

Para Marx, esto es que «la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está, y servirse de ella para sus propios fines». Por su parte Engels precisa resumiendo el fundamento de la ruptura revolucionaria del alzamiento parisino diciendo: «La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera al llegar al poder, no puede seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tiene, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos sin excepción, revocables en todo momento».

La Comuna, entonces, devela como ineludible este aspecto central de la teoría marxista del Estado: la necesidad del proletariado de demoler la maquinaria estatal burguesa, que fue un asunto que no se planteó en el Manifiesto Comunista, pero que precisamente, en la carta a su amigo Kugelmann, unos meses después de la derrota de la Comuna, Marx lo prepondera escribiendo:

«La revolución en Francia deberá señalarse como objetivo la destrucción del aparato burocrático-militar y no, como ha sucedido hasta ahora, hacer que pase de unas manos a otras. Es la condición esencial para cualquier revolución realmente popular del continente. Y esto es lo que han intentado nuestros heroicos camaradas de París». Karl Marx: «Carta a Kugelmann del 27 de junio de 1870», en Marx/Engel Cartas sobre El Capital, Edit. Laia, Barcelona 1974.

En este contexto, en el marxismo se le da cuerpo al concepto de la república proletaria, planteado en el *Manifiesto Comunista* en la cuestión de lo que es la necesidad del poder político para el proletariado, entendido tal poder como «la violencia organizada de una clase para la opresión de otra». Definido queda claramente que en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; la revolución lo convierte en clase dominante que suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, las condiciones de existencia del antagonismo de clases, suprime las clases en general; y, en consecuencia, su propia dominación como clase. Esto es entonces la solución del Manifiesto Comunista a la cuestión de la sustitución de la maquinaria estatal burguesa, en el sentido de que indefectiblemente una revolución obrera debe elevar de inmediato al proletariado a la condición de clase dominante, entendiendo que el dominio político de la clase obrera debe conllevar la construcción de la democracia. Es decir, para Marx La Comuna era rigor y flexibilidad al mismo tiempo; para Marx «La Comuna era esencialmente un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del

trabajo», irrumpiendo con una nueva forma y fondo para actuar y asumir sus acciones, comenzando por legitimar su gobierno con el sufragio universal en los distritos de la ciudad; con un carácter de revocabilidad de las responsabilidades y cargos públicos que se ejercían con salarios de obreros. Y La Comuna, actuó sin pretender «tener el don de la infalibilidad», que se atribuían sin excepción todos los gobiernos a la vieja usanza. Publicaba sus hechos y sus dichos y daba a conocer al público todas sus faltas, con un impacto tal que, en el decir de Marx «cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando por vez primera en la historia los simples obreros se atrevieron a violar el monopolio del gobierno de sus “*superiores naturales*” y, en circunstancias de una dificultad sin precedentes, realizaron una labor de un modo modesto concienzudo y eficaz»; y con sueldos de obreros, «el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo...».

Por otro lado, La Comuna para el marxismo evidenció el significado práctico de la eliminación del parlamentarismo en un gobierno obrero, lo cual coloca otro punto diferencial del ejercicio del poder, en cuanto que no se trató de «un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo ejecutiva y legislativa al mismo tiempo», en el entendido que «nada podía ser más ajeno al espíritu de La Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica». Consecutiva y consecuentemente, La Comuna eliminó el ejército permanente y convierte al pueblo armado en una institución duradera del nuevo poder estatal; desechó el ejército del viejo poder, lo sustituyó por una Guardia Nacional, cuyo principal contingente lo formaban los obreros. En su proyectada idea de organización nacional se planteaba, además, ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña con una milicia popular de servicio extraordinariamente corto que reemplazaría en los distritos rurales al ejército permanente. En las capitales respectivas de los distritos, las comunas rurales administrarían sus asuntos colectivos mediante asambleas de delegados y tales asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de delegados de París, de tal suerte que en la medida que se elimina el ejército permanente y la burocracia estatal, se le da paso a otra nueva aspiración que es la de un gobierno barato, de nuevo tipo erigido en “gobierno del pueblo por el pueblo”, dando rienda suelta a la iniciativa social reconocida incluso por la gran masa de la clase media parisina (tenderos, artesanos, comerciantes), en medio de un importante nivel de seguridad ciudadana producto de la transformación política y social operada y que se traducía en la circunstancia de que por primera vez desde los días de febrero de 1848 la gente transitaba segura por las calles de París, sin necesidad de que hubiese policía resguardando el espacio público.

Como aspecto cimero de La Comuna, podemos subrayar en que esta es la expresión genuina del comunismo realizable, enfatizando en que el propósito final de la misma no era la “república verdadera”, sino la sociedad comunista en la que el proletariado se valdría de su dominación política para arrancar gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado; es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y según el punto de vista de Marx, “para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas”, pasando de la

palabra a la acción. Los obreros empiezan a tomar resueltamente la cosa en sus manos, pues ¡La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización! , expropiando a los expropiadores, transformando los medios de producción, la tierra y el capital, de medios de esclavización y de explotación del trabajo, en instrumentos de trabajo libre y asociado, para lo cual asume la dictadura de proletariado que echará por tierra la fe supersticiosa en el Estado que se ha trasplantado del campo filosófico a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos obreros. Según el decir de Engels, «una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres pueda deshacerse de todo ese trasto viejo del Estado».

Palabras estas que son reafirmación de la confianza absoluta en el ímpetu que puede ser el ejemplo de los revolucionarios: “Tomar el cielo por asalto”, al menos intentarlo, en rompimiento con cualquier ortodoxia estéril, contra cualquier “objetivismo” inútil. En fin, “ser realistas, haciendo lo imposible”, como en la determinación de Bolívar de ascender los Andes y contra todo pronóstico triunfar para liberar a la América Nuestra del yugo español; es decir “hacer lo imposible porque de lo posible se encargan los demás todos los días”, que es la praxis que hoy por hoy, de manera autocrítica y superando las desviaciones de quienes nos colocaron en el sendero de la desmovilización y la apostasía, retomamos quienes nos adentramos en el proyecto de reconstrucción insurgente marulandista como FARC-EP Segunda Marquetalia, rehaciendo las estructuras guerrilleras, poniendo las armas en manos del pueblo, o recomponiendo las desarticuladas estructuras del Partido Comunista Clandestino, de las milicias bolivarianas y de los diversos frentes de masas.

¡Juramos vencer y venceremos!

Selvas insurgentes de Colombia, marzo 26 de 2021.